

ANTES DE EMPEZAR

Una cosa llevó a la otra.

A las siete de la mañana me disponía a ensayar la tercera sonata del maestro Kepis (sublime) cuando se rompió una cuerda de mi contrabajo y emitió al romperse un sonido como el que emiten los gatos vivos cuando se les pisa la cola, fenómeno curioso porque precisamente la cuerda estaba hecha de tripas de gato muerto.

Pasada una hora, a las ocho, papá se negó a comprar el pan para el desayuno a pesar de haberlo hecho muy erguido y muy puntual cada mañana de cada día, cada uno de todos los días contenidos en los últimos cuarenta años. No dijo nada, papá. Solamente se negó, así, sin dar explicaciones.

A las doce, para cerrar la mañana, un joven vestido con camiseta color naranja se acercó a una mesa en la que Pedro Akira comía canelones en salsa napolitana, le dijo al oído dos palabras bien moduladas (*Tome, Malparido*) y disparó tres balas en su cabeza, que fue a dar con ojos muy abiertos al plato de los canelones. A diferencia de los dos primeros eventos, este último, afortunadamente, no sucedió en mi casa.

*

Una cosa llevó a la otra, y ése fue sólo el principio. Me refiero a la cabeza descansando en el plato de los canelones. Pesada y quieta y sorda, adherida al cuerpo compacto de Pedro Akira mediante un cuello fuerte y varonil. Inocente de todas las consecuencias que su quietud empezaba a desencadenar afuera del restaurante italiano, en otras cabezas y en otras calles menos secundarias y más primarias. Consecuencias convertidas en acciones que ahora, vistas desde aquí, con la distancia necesaria, parecen hormigas aterrorizadas corriendo unas de otras, hormigas huyendo de sus sombras. Pero eso fue después, cinco horas después del primer evento memorable del día, brevemente descrito ya, de la ruptura de la cuerda de mi contrabajo, que no parece digno de mención pero sí que lo es y ya verá por qué el que esto escucha.

Rota la cuerda, sentado yo en el banco del intérprete como en medio de un planeta sin gente, a las siete y quince de la mañana tuve que asumir que ese día sería distinto. Me acerqué a la ventana, miré un instante el cielo (azul), suspiré como sólo yo puedo hacerlo y decidí deslizarme lo más sigilosamente posible por el corredor, procurando pisar solamente las tablas más calladas del entablado para después bajar de puntillas las escaleras y llegar así a un magnífico mueble acristalado, herencia de mamá, en el que se escondía la dotación de alcohol de la familia. Mi propia dotación de alcohol, quiero decir, siendo papá un abstemio desde 1974 y no habiendo más familia que él y yo en esa casa chata y oscura del barrio La Esmeralda, lugar de esta acción que todavía no se acciona.

Dado lo avanzado de la hora asumí que era necesario cancelar mi exquisita clase, me gusta esa palabra y siempre me ha gustado, exquisita, mi exquisita clase de Arquitectura del Barroco en el también exquisito Departamento de Estudios Generales de la no tan exquisita Universidad Nacional de la República de Miranda. No iría a clase de ocho, quiero decir. La ausencia de la clase en mi día y con ella la ausencia de las pedagógicas diaposi-

tivas en las que habría podido ver las fachadas (monumentales) de la plaza Navonna en Roma y la fuente (imponente) de Bernini, toda esa piedra (solidísima) del barroco, todo ese peso de la arquitectura y de la cultura sobre la arquitectura y del aire dentro de la arquitectura, todo eso, una vez imaginado, se desplomó de repente en un agujero negro que desapareció como si nunca hubiera existido, convirtiéndose en un picor en mi garganta seca, en un cosquilleo capaz de mover montañas.

Había llegado la hora de preparar el primer coctel del día. Revolví los cubitos de hielo y el vodka y el azúcar y las hojas de menta sin hacer ningún ruido porque creí que a papá le quedaban todavía (iluso de mí) cuarenta minutos para levantarse y cubrir su erguida y reseca humanidad con la mejor bata de cuadros, calzarse las pantuflas azules y salir como siempre bien ataviado en su traje de combate a comprar el pan del desayuno. Daba yo cuidadosos pasitos por el corredor del segundo piso acompañado de mi segundo vaso de vodka con menta (el primero ya ingerido en delicada contemplación de las plantas del jardín), daba yo cuidadosos pasos con el vaso escondido en el amplísimo bolsillo de la pijama, sin regar ni una gota y con la mano congelada por el hielo pero el cuerpo muy firme, cuando a través del rabillo del ojo derecho mi pupila observó que papá ya no era el mismo.

Giré mi redonda y lúcida cabeza y lo miré con todo el ojo derecho y con todo el izquierdo también, con los dos ojos y con la mano todavía gélida en el bolsillo. Papá ya no era el mismo. No el mismo que siempre había sido a esa misma hora del día. De cualquier día. No estaba de pie frente al espejo ovalado, herencia de mamá, rectificando el cuello de la pijama, no enderezaba los costados de su bata como si fuera la bata de un mafioso de película, no estiraba las mangas ni carraspeaba como un gallo de pelea medio disecado ni tampoco como un señor en bata. Nada de eso. Seguía tendido en la cama, papá. No se movía. Blanco y raquítico, como una escultura de mármol. Ni siquiera

se había volteado para mirarme. A mí. A su hijo. A su propio hijo. Estuve a punto de regar el precioso líquido en lugar poco decoroso. Salí del marco de la puerta, saqué como pude el vaso del bolsillo sin regar ni una gota y sin desordenar las hojitas de menta lo llevé a mi cuarto. Lo escondí en el clóset, entre los zapatos. Consternado por la visión de la escultura de mármol pero en control de todas mis facultades, firme, quiero decir, regresé al cuarto de la desgracia. Allí intenté sin resultados inmediatos sacar a papá de su cama procurando no hacer uso de la fuerza física, a pesar de tratarse de una escultura de mármol, sino únicamente de la fuerza de la voluntad.

Lo mimé con frases persuasivas. Como a un niño. Soltados tres o cuatro versos, papá me miró fijamente con sus ojos grises y cortó de tajo mi mejor melosería diciendo que yo podía hablar todo lo que quisiera, que podía pararme en la cabeza también, que podía desnudarme si no tenía nada mejor que hacer pero que él de ahí no se movía. Y que saliera de su vista. Ya. Que desapareciera.

Desconcierto y desconuelo y lamentación son palabras que se me vienen a la cabeza (y se me vuelven a ir sin haber cumplido su cometido). Tras un par de segundos de parálisis caminé hasta los pies de la cama, que sostenían los pies de la escultura. Para que pudiera verme bien. Allí puse mis poderosos brazos en jarra y lo mire como sólo yo sé mirarlo. Recordándole que era él quien me había traído al mundo, que mis cien kilos de peso eran reales y que también, llegado al caso, podía yo llorar como un cachorro.

Piérdete, me dijo. Estoy meditando.

*

El trozo de mañana acaecido entre ese momento con papá petrificado y aquel que haría cambiar mi destino, para bien de mi familia y de la sociedad en su conjunto, no tuvo nada digno

de mención. Solamente una irritante curiosidad, secándome las tripas y carcomiéndolo todo. Curiosidad por saber aquello en lo que estaba pensando papá y por entender el motivo que lo había llevado a echarme fuera de su cuarto y por entender así también qué se le había metido en la cabeza (curiosidad insoponible como una bola de fuego flotando en medio de su cuarto: aparición insólita y de vibrante sonido que amenazaba con incendiar la casa y el barrio entero y la ciudad también de no ser satisfecha).

Así fue pues la mañana. Los dos primeros cocteles de menta en mi cabeza: ¿En qué puede estar pensando, tendido, así, pobrecito él, en la cama? ¿Qué puede ser más importante que yo (su propio hijo)? Quinto coctel: ¿Estará nuestra existencia como familia condenada a una aniquilación total? Y también, contemplando la máquina licuadora en la cocina: ¿Habremos llegado a encallar en un desierto del que ya nada nos moverá (papá en una duna y yo en otra, muy lejana, sin podernos escuchar ya nunca más, por los siglos de los siglos)? Del sexto al octavo coctel la casa entera, vacía, fría, húmeda, metida en mi cabeza. Con sus minúsculos ruiditos y todos sus tornillos. Las montañas de la ciudad mirándome y yo mirándolas de vuelta difícilmente a través de las paredes. Los objetos de mamá intentando hablar sin conseguirlo. La seguridad de que papá ardía en llamas en su cuarto, todavía tendido en la cama, inmune al incendio por ser una blanca escultura de mármol. Y al final, cómo no, la exquisita sensación de haberme convertido en Beethoven sordo.

Siendo ya Beethoven sordo, habiéndome tomado once cocteles, salí al jardín y miré las plantas de papa sabanera que papá tenía sembradas en círculo alrededor de un papayuelo. Imaginé las raíces de las papas entrando en la tierra, bajando, reptando bajo mis pies y amenazando con salir de vuelta arriba y enredarse en mis tobillos. Cerré los ojos y los abrí al cielo, cuyas nubes corrían de izquierda a derecha con admirable disciplina.

Inspirado por la visión, decidí que lo mejor sería consagrar mi abundante tiempo libre al deporte. El deporte es salud. Consagré entonces, sin dilación. Flexiones de piernas. Brazos arriba y a los lados. Saltos medidos. Respirar como es debido, por la nariz y por la boca. Y así sucesivamente.

Acabada la extenuante y ejemplar sesión, llegando sin dificultad extrema al cuarto o quinto minuto, fui a lavarme. Subiendo la escalera supe que ya nunca más sería Beethoven sordo ni podría entender la estructura molecular de la chata y oscura casa de mamá en el barrio La Esmeralda, porque otra vez estaba oyendo mis propios pasos. Cuando el agua del lavamanos tocó mis sonrojadas mejillas pensé que así se aclaraban las ideas algunos personajes en las peores películas. Y que funcionaba, en la real realidad, y fue como si en vez de haberme tomado once cocteles de vodka y menta me hubiera tomado ocho o nueve. Feliz por el descubrimiento y orgulloso por la extenuante actividad física, con mi redonda cabeza ya muy limpia, adornada por una discreta sonrisa no carente de inteligencia mordaz, volví a la cocina. Del vasito de cobre con el escudo de La República de Miranda robé algunas monedas para comprar pan. Sobre la pijama roja que realzaba mis elegantes contornos me enfundé la bata del destino, la de repuesto de papá, que colgaba húmeda en las cuerdas del lavadero.

Y fue así como salí. Con la frente muy en alto, orgulloso, decidido como nunca a enfrentar, yo solo, los peores peligros de mi ciudad favorita.

*

Acabadas las tres primeras partes de este *Prólogo con papá*, la historia se acerca por fin al punto de quiebre o momento de tensión o punto de fuga. Al gran evento, quiero decir. Al por ahora inexplicado. Y también a todas sus consecuencias, que irán cayendo sobre los personajes (presentados o desconocidos),

una por una, ineludibles, como lluvia de balas tras celebración callejera.

Recapitulemos. Ya sabe el que escucha que muy temprano en la mañana se me dañó un instrumento musical de difícil ejecución y nombre compuesto y que aguanté con estoica paciencia el transcurrir de las horas intuyendo lo peor al ver que mi propio padre no quería ir a comprar el pan y en cambio insistía en hacerse pasar por una enigmática escultura de mármol. Volvamos al lugar de la acción. Hagamos, como si de película cara se tratara, un zoom desde altura de helicóptero sobre la gran ciudad y sobre el barrio La Esmeralda y allí en el barrio observemos la gallarda figura del héroe, del relator-protagonista que acaba de salir, solo y en bata, a enfrentar las calles infestadas de niños y bicicletas.

Vayamos con el héroe-narrador hasta la tienda del pan, haciendo ahora un primer plano de su ancha espalda intercalado con primerísimos planos de su boca firme y de su frente que brilla bajo el sol. Conmovidos, expresémonos otra vez en pasado, tiempo verbal que sin quitarle lo héroe al héroe es mucho más fácil de usar que el presente. Digamos así que las calles estaban sucias de empaques alimentarios y de desechos animales. Ligeras bolsas de uno o dos colores circulaban solas por los andenes. En el cielo no había nubes de tormenta. Sobre el prado del parque, muy cerca del andén, erguido, astuto, sin parpadear en exceso, marchaba ya el héroe y único narrador autorizado.

De vuelta a mí mismo pensé que de tan sucio el barrio pronto dejaría de llamarse La Esmeralda. Después no pensé nada más. Frente a dos casas que intentaban ser idénticas a la de papá sin conseguirlo (no eran lo suficientemente chatas), dos vecinos lavaban sus minúsculos carros, ataviados con ropas deportivas que ellos creían muy a la moda y que tal vez lo habrían sido en un torneo de lucha grecorromana celebrado a finales de los años setenta. Parecieron no verme, los vecinos de modés, o tal vez se intimidaron por la forma en que las alas de

mi bata ondeaban dejando entrever mi corpulencia, porque hicieron como si nada y se concentraron en sus respectivas mangueras. Levanté la barbilla, eché atrás los hombros y pasados varios minutos en esa magnánima postura conseguí entrar por fin a la siempre acogedora tienda del pan.

Detrás del mostrador el señor Jaramillo me miró con la boca abierta, tal vez creyendo equivocadamente que papá se había convertido en mí durante la noche. Estaba a punto de preguntar por el original cuando el televisor, colgado en una esquina bajo el cielorraso, emitió a todo volumen una música chillona que parecía ser militar pero también de discoteca y también de película de ciencia ficción, una música de Anuncio Extra. El señor Jaramillo cogió el control remoto de una repisa y aumentó el volumen del aparato. *Extra. Extra. Extra*, repitió tres veces el locutor más famoso de Miranda con su encantadora voz de desayunar comida para caballo y balas. Extra. Vista la tensa mueca del señor Jaramillo al concentrarse en el televisor, no tuve más remedio que postergar indefinidamente el motivo de mi visita (pan) para dar media vuelta no sin dificultad dada la adiposa textura del suelo. Fui entonces consciente de que en dos de las cuatro mesitas cuadradas del local había no supe cuántos individuos acodados frente a botellas de cerveza tibia. Hice lo que hacían ellos: mirar el televisor en total quietud. Nos regaron con un poco más de esa música insoportable, montada sobre imágenes animadas por computador, como salidas de la cabeza de un robot, hasta que por fin llegó la noticia. Extra.

La que ya conoce el que paciente escucha. Pedro Akira había sido baleado, muy a su pesar, mientras degustaba unos canelones humedecidos con salsa napolitana en el restaurante italiano Forza Garibaldi (fundado en 1967). La tercera cosa importante del día. La chispa que habría de prender la mecha de todas las consecuencias. El Honorable Presidente del Senado de la República Pedro Akira. Abaleado en plena ingesta. El

carismático líder de todos los partidos de la oposición. El recién anunciado candidato presidencial. El adalid de los hambrientos y la única esperanza de los pobres. Todo eso y mucho más. Las imágenes mostraban solamente la fachada del Forza Garibaldi, que tenía un techito colonial de teja de barro plástico a dos aguas y una puerta de hierro pintada de negro. Bajo las ventanas muy amplias del segundo piso, sobre el falso techo colonial, colgaba un letrero metálico con letras blancas, rojas y verdes en el que estaba escrito *Restaurante Forza Garibaldi, a su servicio desde 1967*. Sentí un nudo en la garganta. Lamenté estar tan lejos de mi casa y que el señor Jaramillo no supiera preparar cocteles.

La cámara mostró todo eso y después hizo un zoom-out (*Introducción al Cine*, Departamento de Estudios Generales, U. N. de la República de Miranda), es decir se alejó de la escena mediante el uso de un lente y después de un par de giros acrobáticos acabó posándose cual mosca en la cara de una señorita periodista que estaba ya lista, micrófono en boca, muy tiesa y muy maja. Con pelo largo y liso, blusa blanca muy planchada, pañoleta en tonos pastel alrededor del cuello y falda gris ceñida sobre las caderas. No fue la periodista lo que me aceleró el corazón. No fue eso. Oh conmoción. Oh tragedia. Oh desgracia en sucesivas oleadas negras (y frías) de considerables dimensiones. Pedro Akira. Debatiéndose entre la vida y la muerte en un hospital de nombre ruso, según decía la señorita periodista. Pedro Akira. Único defensor de todos los débiles en la República. Pedro Akira. Su nombre, AKIRA, retumbando como un murciélago vegetariano entre las paredes de mi cráneo. Oh, Pedro Akira, voz de los desposeídos, único firme y capaz de ir en contra de eso (de ése): del omnipotente, del eterno, del casi Innombrable: del Señor Presidente de la República de Miranda (De la República: de Miranda (don Tomás del Pito)).

Anotar. Anotar, el que paciente escucha. Presidente Del Pito: creador del cielo y de la tierra. Y de sus alrededores tam-

bién. Plenipotenciario dignatario. Supremo líder cuyo nombre debe pronunciarse en voz muy baja o dentro de la cabeza, o no debe pronunciarse en absoluto. Tomar nota, ahora, amable lector, en el margen del libro de no haber más remedio. Tomar nota antes de que este su ventrílocuo fiel regrese como si nada al río turbulento de los acontecimientos, que vaya usted a saber adónde podrá conducirlo. Anotar: Plenipotenciario Dignatario, Señor del Cielo y de la Tierra. Anotarlo en Código Morse Internacional, de ser posible, para evitar molestas consecuencias. Señor Presidente don Tomás del Pito. Patrón y personaje principal es y será, qué remedio queda, él, eso, el innumerable, de la descomunal maratón narrativa que ya comienza.

En el televisor la señorita periodista decía todavía palabras. Pedro Akira seguía teniendo tres tiros en la cabeza. Se debatía todavía entre una vida en contra de Del Pito y el descanso eterno. Una banda plástica amarilla puesta por la policía nacional mantenía a la informadora estrella a distancia suficiente de las variadas delicias de la cocina italiana. Entre la banda y las delicias se veía una confusión de carros de policía, soldados, ambulancias, hombres de gafas negras, arbustos y macetas. Mientras tanto afuera del televisor, en la luminosa tienda del señor Jaramillo, en pleno corazón del barrio La Esmeralda, los espectadores estábamos mudos. Paralizados. No me volteé para mirarlos pero pude imaginarlos, a los simpáticos comensales de las mesas cuadradas: ojos muy abiertos y cabeza levantada. Como humildes pastores esperando al redentor. Del otro lado, dentro del televisor, de repente cesó todo ruido también. Hubo un plano a negro. Pensé que volverían a la música cibernético-digestiva y me agarré fuerte a la vitrina en donde se fermentaban dos o tres cruasanes, pero en vez de eso las ondas volvieron a estudio.

Desde estudio un presentador lívido por la conmoción no supo qué hacer, bajó los ojos y otra cámara enfocó a una señorita periodista cuya falda ceñida no se podía ver bajo la barra de las noticias. Ella, la presentadora, sí supo qué hacer. Agachando

su oreja derecha sobre el dedo índice de la mano ídem, muy seria, como queriendo decir que recibía órdenes (desde el más allá, desde una nave alienígena tal vez) anunció que volvían con R, el mejor reportero, desde la Clínica Ignatiev. Mi mareo aumentaba. Mi tersa y blanca piel empezó a sudar frío. R era el más veterano de los periodistas de calle y de tan veterano estaba siempre aburrido, hablaba como repasando un resultado deportivo antiguo. Comentó con desgano la hora de ingreso del herido a la clínica, la poca información que habían suministrado los médicos, el silencio de la familia. Casi mascó chicle cuando hizo la lista de las personalidades que habían llegado a visitar a Akira y que se habían quedado con los crespos hechos porque no les había sido permitido el ingreso.

Enumeró a ministros y a viceministros y a senadores que estaban en la puerta de la clínica, pertenecientes todos a los partidos políticos ubicados a la derecha de la izquierda y también a la derecha de la derecha: a todos los partidos del Señor Presidente de la República. Sentí cómo el mareo aumentaba y literalmente me temblaron las rodillas, sublime efecto coreográfico que la bata de papá ayudó a disimular aunque no del todo. Dijo entonces el reportero R que solamente la madre del senador Akira y unos fieles copartidarios estaban dentro del hospital. Y fue entonces cuando tuvieron la ocurrencia los del canal de pasar sin previo aviso a las propagandas. Una punzada me atravesó de cabo a rabo cuando en la pantalla apareció, entre música de película porno, la moderna sede industrial de la nueva fábrica mecanizada superior en cuyas bandas transportadoras circulaban con desparpajo amplia variedad de jamones, salchichas, chorizos, butifarras, morcillas y tocinos.

Supe lo que iba a pasar un instante antes de que pasara. Sentí un súbito dolor de tripas. Me pesaron los párpados, ambos. Antes de que la pequeña boca del señor Jaramillo me pudiera preguntar por la salud de mi santo padre, los individuos de las mesas (hasta ahora humildes pastorcitos) se hicieron reales. Mi

pupila derecha los pudo ver por el rabillo de mi ojo respectivo. Vagos profesionales de barrio, adolescentes de más de veinte años. Peligrosos como perros hambrientos. Imaginé una gota de sudor recorriendo mi cuero cabelludo. Uno de ellos, viéndome en trance de evidente malestar físico y moral, soltó entonces una risa baja, de perro hambriento. Arrastrando el hocico por el suelo pero mirando para otro lado lo dijo, alto y claro:

Quéee va a estar muerto Akira, esa gonorrea.

Las ratas no se mueren.

Mírelo, aquí está el pirobo ese:

en bata de cuadros y comprando desayuno a la una de la tarde.

Hablaba de mí. No fue la ira ni fue el intenso dolor ni el mareo ni la vergüenza ni el ablandamiento del bajo vientre ni el efecto del alcohol de los once vodkas con menta ni el exceso de deporte ni la propaganda de embutidos ni la textura del piso ni el fermento de los cruasanes ni el efecto sonoro de las carcajadas como cachetadas en mis saludables mejillas. No fue nada de eso y ya va siendo hora de contar qué fue lo que me fulminó o si no el que paciente escucha se irá también, dejándome aquí mucho más solo. Pasó que el mundo se me hizo oscuro. Ancho y ajeno. No supe en dónde estaba arriba y en dónde abajo, quiero decir. Mis virtuosas manos de concertista no pudieron tenerme agarrado a la vitrina de los cruasanes y, llevándome conmigo una canasta de empanadas y todos los jugos de papaya ya servidos, me desplomé no sin cierto garbo al suelo, acompañado fielmente por todas y cada una de mis tripas.

*

Antes de abrir los ojos pude sentir sobre mis pálidas mejillas una brisa de olor más bien perfumado. Estuve a punto de no abrirlos y de quedarme ahí tendido hasta que un alma cari-

tativa de género femenino en uniforme completamente blanco y planchado viniera por el parque manejando una máquina retroexcavadora y metiera la gran pala (limpia de toda suciedad, nueva) en el local del señor Jaramillo, destrozando mesas y vitrinas, para sacarme de allí como a un bebé y llevarme izado por las calles del barrio, débil pero victorioso, abriendo los ojos lentamente y saludando magnánimo desde lo alto a los vecinos conmovidos, que agitarían pañuelos, hasta acabar depositado a través de la ventana abierta en mi mullida cama con cubrelecho de terciopelo color bermellón.

Nada de eso pasó, claro. El olor de la brisa que acompañaba mi agonía se hizo cada vez más insoportable y en todo caso ya estaba yo bien despierto: si no quería seguir aguantando a perpetuidad la fetidez tendría que abrir pronto mis clarividentes ojos negros a la luz del mundo (y de Miranda) allí mismo, en el suelo de la infecta tienda del señor Jaramillo. Lo hice. Los abrí. Inmediatamente entendí por qué el mundo no olía a una rosa. El señor Jaramillo me miraba desconcertado blandiendo todavía una inmensa tapa para cubrir la olla de unos tamales cuya fogosa ebullición todavía hacía las veces de música ambiente. Intenté levantarme pero no pude. Pensé que me había quedado pegado a la blanda superficie del suelo y que para ser libre tendría que dejar allí la bata de papá, que acabaría incorporada al linóleo y sería confundida al principio con un tapete de cuadros y después, mimetizada con el suelo, olvidada.

El señor Jaramillo, sudando por el esfuerzo paramédico, puso la tapa sobre el mostrador y se disponía a ayudarme cuando vi que desde la puerta dos mujeres de unos cuarenta años, envueltas en sendas sudaderas rosadas, con bolsas en las manos, me miraban con repulsión. Mi orgullo pudo más que mi mareo y, tras balancearme en una complicada posición triangular y rechazar dos veces la ayuda del señor Jaramillo, pasé a recostar la frente en un mostrador y a ponerme en cuatro patas y después caí de rodillas y finalmente conseguí volver a mi estado natural.

Erguido, firme. Los individuos de las mesas estaban esperando para ladrar otra vez. Como si nada hubiera pasado y rezando mentalmente para que nada más pasara, conseguí salir del aprieto. Levantando mucho la barbilla, estirando el cuello, renací de mis cenizas como el ave.

El señor Jaramillo empezó una frase con *Pero...* y ahí la dejó porque yo ya iba por la puerta mirando de arriba abajo a las ridículas mujeres rosadas y dándoles la espalda para enfren-
tar solo y con el ceño fruncido la selva de cemento, que parecía dormida. No hubo incidentes dignos de mención en el camino de regreso al hogar paterno. La selva siguió dormida o haciéndose. A punto de cruzar la última calle miré a lo lejos nuestro antejardín primoroso: los abetos perfectamente podados y las rosas cuidadas con milimétrico encono, la banquita inútil, la valla blanca que parecía hacerme guiños. Gritos de niños llamaron entonces mi atención desde el parque, a mis espaldas. Giré sobre mi humanidad y los vi, a una distancia suficiente. Jugaban, mostrando mucho los dientes, a darse firmes palazos en la cabeza, unos a otros (¿por qué no estaban en el colegio?, ¿por qué no en la imaginación?, ¿qué hacían ahí?). Gritaban palabrotas. Gruñían. Ocasionalmente tomaban impulso para lanzarse patadas voladoras a la altura de las orejas.

Viéndolos me temblaron las rodillas de nuevo. Tuve que aminorar el paso hasta detenerme por completo y sentir una gota (una tras otra, un riachuelo) de sudor frío bajándome por la espalda y desapareciendo, allá abajo. De alguna extraña manera mi redonda y lúcida cabeza había conectado esa imagen de salvaje inocencia animal con la imagen de otra cabeza, la de Pedro Akira, hundida a ojo abierto en una montaña de canelones (había decidido yo que eran canelones, una montaña, y ya nada ni nadie me haría cambiar de opinión). Su pelo muy negro apelmazado por la sangre que bajaba lentamente haciendo un recodo detrás de las orejas y que caía finalmente sobre la pasta, mejorando la salsa en consistencia y color, aunque no siempre en sabor. Esa

imagen, vista y no vista, ahí, parado en medio de la calle, hizo que el pulso se me agitara y que las piernas me flaquearan. Corrí de nuevo el riesgo de que se me doblaran al unísono las dos rodillas, tirándome al rudo pavimento, condenándome a una muerte más que segura bajo los pesados palos de las criaturas.

Pude recomponerme a tiempo sin embargo. Gracias a mi inmejorable condición física. A mi disciplina atlética y a mis reflejos, quiero decir. Inhalé. Exhalé. Puse mucho cuidado en las haches intermedias. Fui fuerte. A punto de quebrarme y desparrramarme por el suelo atravesé la calle en diagonal, muy rápido, como si sobre mí se cerniera, muy arriba en el cielo, la sombra oscura de La Muerte o de un pájaro de considerable tamaño. Huyendo de esa sombra como el jorobado del Notre Dame pero sin catedral y de día, pude refugiarme por fin en el alero de la casa chata de mi mamá, recostarme contra su puerta. Temblando saqué las llaves del bolsillo y cuando la chapa cedió, cedí yo también. Caí con todo mi peso desvanecido sobre la alfombra de la casa, como una princesa. Llevándome por delante los adornitos de cobre de una mesa y las carpetas y un jarrón. Creí que papá escucharía y bajaría a rescatar a su hijo abandonado. Creí que acabaríamos los dos sentados en la mesa redonda de la cocina, encontrando el orden perdido de la mañana, fortaleciendo los refundidos cimientos de la armonía familiar. Protagonizando para la posteridad una escena de viril entereza moral no exenta de ternura y adornada con visos dramáticos en forma de rayos de sol entrando por las infectas claraboyas de la cocina. Pero nada de eso pasó, tampoco.

Estuve tirado sobre la alfombra no sé cuánto tiempo. Tanto que me alcanzó para cerrar la puerta con un pie y para ensayar la cara de desmayo que debía ponerle a papá cuando bajara por la escalera. Sonriendo plácidamente imaginé que de resultar convincente mi mueca, antes de la memorable escena que llevaría por título *Dos hombres en una cocina*, habría otra escena dotada de una fuerza trágica sin igual que me devolvería por fin el amor

perdido de mi padre (del que tanto estaba necesitando, tendido en esa alfombra, respirando polvo). En la escena faltante, que podría llamarse simplemente *Justicia*, mi padre correría escaleras abajo con el corazón sobresaltado, se arrodillaría a mi lado, pondría mi cabeza sobre sus rodillas y con la mano izquierda sobre mi pálida frente me miraría un instante con inconmensurable amor y aguantaría una lágrima antes de levantar el puño derecho para increpar con un grito desgarrado a los cielos por todo lo que me habían hecho. Por todo. Exigiendo justicia.

La segunda escena tampoco sucedió: no hubo más que silencio y diminutas partículas de alfombra flotando frente a mis ojos abiertos como si pudieran verme antes de meterse curiosas a recorrer las grutas de mi nariz. Era evidente que papá no bajaría mientras estuviera yo ahí tendido. Cuando no me quedó más remedio, me levanté sin ningún problema, en un segundo, como si bajo la fría penumbra del hogar todo fuera más liviano y más fácil. Reflejado en el vidrio que cubría la imagen de unas odaliscas en trance y jolgorio pintadas en colores pastel (herencia de mamá), me alisé la bata de cuadros y me peiné la abundante cabellera de derecha a izquierda, cubriendo así esta mi redonda y brillante cabeza. Estuve listo. Empecé el ascenso y carraspeé un poco advirtiéndole a papá que había llegado, para que me esperara con los brazos abiertos, para poder contarle los motivos de salud que me habían impedido comprar el pan de la mañana. Para repetirle los terribles hechos narrados por el televisor en la tienda del señor Jaramillo.

Estaría en su estudio, papá, armando sus avioncitos a escala o repasando el orden de su colección de estampillas o podando sus bonsáis. Estaría sujetando unas pinzas diminutas y una lupa, ya impaciente por la falta de pan. Ay, mi pobre y decrepito sabio. Yo lo miraría con la ternura que se le prodiga a un hijo o a un decrepito sabio o a un perro no muy grande: con la ternura que sólo se le prodiga a un padre. Llegando al último escalón del segundo piso carraspeé de nuevo.

*

El estudio estaba vacío. Sin detenerme a medir las consecuencias seguí por el corredor y (oh fatalidad en forma de finísima escultura de mármol) papá seguía tendido en la cama. Una tensa calma se apoderó de casi todos mis nervios. Lo observé como si el tiempo ya diera lo mismo y estuviéramos los dos en un futuro remoto, más allá del tiempo, con el mundo ya acabado y como si solamente hubiera eso: él tendido en la cama con media espalda en el espaldar de madera y una rodilla levantada y la mirada de mármol dirigida en el ventanal, y yo de pie, de mármol también, del otro lado de la cama, en el corredor, sin ideas, mirándolo.

Hubo un largo silencio entre los dos.

Le dispararon a Akira, me dijo por fin, sin voltear la cabeza. Yo seguí callado. El tiempo poco a poco se puso a andar de nuevo. Pasados dos o tres segundos nos convertimos otra vez en seres de carne y hueso (seres humanos) gracias a la sangre regada de Pedro Akira. Respiramos el frío de la casa. Afuera, en un hospital, estaba el adalid de los pobres medio desangrado o desangrado del todo, medio vivo o medio muerto o muy muerto, con su adusto perfil tendido en una camilla blanca, rodeado de mujeres de variados tamaños que estarían llorando seguramente en su honor, en el del gran Pedro Akira, desgarradas. Akira, convertido en Akira abaleado y posiblemente mártir, nos hizo más tristes. Y nos condenó a mirarnos. Así, mirando sus desordenados y blancuzcos pelos, caí en cuenta de que papá, la escultura de mármol, no podía saberlo, lo de Akira y los canelones. ¿Cómo podía saberlo él si todavía no había salido de su cama blanca y si el televisor no funcionaba desde los terribles aguaceros de 1989? ¿Poderes telepáticos? ¿Comunicación directa con la divinidad? ¿Intuición a prueba de tiempo y espacio?

Radio de pilas. El viejo radio de pilas, que sólo aparecía cuando en la tienda algún vecino informaba de un evento que

según la prensa escrita o televisada era fundamental para la Historia Patria. Había aparecido en manos de papá el radiecito, si mal no recuerdo, con motivo de los siguientes magnos sucesos:

1. Asesinato de candidato presidencial de la oposición, 1989.
2. Empate del equipo de fútbol, 1990.
3. Asesinato de candidato presidencial de la oposición, 1990.
4. Primer puesto en una etapa ciclística, 1990.
5. Asesinato de candidato presidencial de la oposición, 1990.
6. Segundo puesto panamericano en tiro con jabalina, 1991.
7. Asesinato de candidato presidencial monárquico, 1995.
8. Mejor traje típico en reinado universal de la belleza, 2002.
9. Falsa alarma por venida de un papa, 2008.

Los vecinos daban la alarma y papá sacaba el radiecito alemán de pilas. Así se manifestaba La Historia con mayúsculas en nuestra casa chata. Esta vez sin embargo no vi la cajita negra ni la antena que llegaba al cielorraso. Tal vez lo escondía bajo la cama o tal vez realmente la transformación de papá en escultura parlante incluía la adquisición de poderes telepáticos y ya no necesitaba de las ondas de radio para saberlo todo, y entonces estaba siguiendo en ese momento cada una de mis ideas desde el frío mármol de su cabeza. Recé para no estar en lo cierto. Él no pareció reírse. Parado en el corredor, mirando el entablado con énfasis, estuve a punto de empezar a narrarle de forma oral y elegante mis desventuras. Me detuve a tiempo. Observé detenidamente la escultura. Seguía mirando por la ventana, muy serio. Silencio era lo único que quería. Y tenía razón en quererlo, en esa penumbra fría que nos contenía a los dos. Parecía ser lo único capaz de curarnos. El silencio. Lo único capaz de salvarnos de ese mundo que ahora se nos estaba haciendo triste y extraño.

Abatido y sin decir palabra caminé hasta mi cama. Me tendí sobre el cubrelecho bermellón. La casa se enfrió un poco

más y pensé que el estar tendido hace imposible el desplomarse. No oí ninguna carcajada.

*

Fortalecido por las sombras en mi cuarto, armado de valor, me dediqué a repasar lo que había sucedido por la mañana hasta llegar al instante de la noticia en la televisión. Revisé los últimos segundos antes del desmayo, los olores, los sonidos, la noticia saliendo del televisor como una mano que trataba de arrancarme el corazón. Y llegué por fin a la frase soltada por los vagos del barrio. Algo como *Akira no está muerto. Las ratas no se mueren. Está aquí mismo. Éste es Akira: está en bata y comprando el desayuno a la una de la tarde.* Algo así pero más fluido. Al recordarlo me invadió el pánico, en su nuevo y cómodo empaque de hormigueo en el pecho y frío en las extremidades inferiores, que amenazaron de nuevo con quedarse dormidas.

Ahí, en esa increpación que nuestro gallardo héroe recibió en la tienda del señor Jaramillo como quien recibe una cachetada o un escupitajo, en ese chiste sorpresa soltado por un adolescente muy crecido, estaba la clave de mi desgracia y estaba también escondido el que sería el cuarto evento relevante del día. Como un pulpo muerto lanzado sobre mi cara, el insulto escondía, aunque no demasiado, la verdad hasta ahora innombrable, la que desencadenará muy pronto la acción a narrar, la que ya casi será nombrada sin tapujos, a petición del amable público. No era yo Pedro Akira, por supuesto, como el individuo había afirmado en su insulto. No soy Pedro Akira. Y sin embargo (oh suma desgracia en sí menor) la escena del insulto demostraba que el aterrador parecido físico entre el héroe de la República y el héroe-narrador de La Esmeralda podía ser percibido incluso por un completo desconocido. La calma del que narra respecto a la sorprendente coincidencia anatómica entre los dos, entre Akira y yo, había estado cimentada durante años y hasta el mo-

mento del desmayo en la creencia de que solamente los amigos más cercanos (papá) eran capaces de notar el parecido.

La vana esperanza se había derrumbado ahora en un segundo, arrastrando con ella al linóleo mis casi cien kilos de gallardía. Aun de perfil y en una tienda oscura me parecía mucho al gran Pedro Akira. El insulto del desconocido lo demostraba, las carcajadas de los demás decían que el agresor no era el único en percibirlo.

*

Sin mover un músculo, tendido en mi mullido cubrelecho, sentí que el mundo daba vueltas más despacio. Que el tiempo no quería pasar. Miré el cielorraso erizado de calcomanías como estrellas. Se empañaban y se desempañaban por el delicioso llanto que venía y se iba. Entre Pedro Akira, el candidato herido, y éste su servidor siempre había habido algo parecido a un espejo de feria. Él siempre había estado frente al espejo, yo siempre había sido la imagen distorsionada. Un dios menor había decidido mandarme a este valle de lágrimas encarnado en torcido reflejo, creyendo enseñarme así una invaluable moraleja (de difícil interpretación). Había sido él, Akira, algo así como un ser superior de cuya existencia había dependido enteramente la mía. A los diecinueve años Akira había sido concejal de la metrópoli de la acción, representando a los estudiantes universitarios, entre los que (él no podía saberlo) estaba yo (el reflejo). Después había sido alcalde de una de las nueve zonas de la urbe, a los veintiún años, sin respaldo de partido político alguno y con la mayor votación de la historia.

Después había escalado a senador, por un partido nuevo que se había inventado. Y después a senador reelegido con los votos de tres partidos independientes, que decidieron respaldarlo a pesar de las previsibles rabietas de plomo del ya para entonces tres veces reelegido Presidente de la República don Tomás

del Pito. Pronto Akira sería también presidente del senado, cargo que en la República no sirve para nada distinto que para infundir miedo, pero que en este caso había servido también para conseguir bajo su mando la tan ansiada unión de todos los partidos de oposición (al Presidente). Por último, con sólo treinta y tres años, hacía pocos meses, la imagen original y sin distorsiones de Pedro Akira había decidido hacerse candidato presidencial. Único candidato, contra un Presidente ya reelegido cuatro veces para un total de cinco mandatos o, lo que es lo mismo, uno que llevaba veinte años en el poder (cuatro de ellos por persona interpuesta, todo será explicado a su debido tiempo).

Seguramente había sido esta última decisión de Akira, la de ser candidato contra el ganador, la que había inspirado en una mente creativa del Gobierno Nacional el regalo de los tres balazos a quemarropa sobre el plato rebosante de salsa napolitana. En el momento del atentado Pedro Akira ya estaba enfrentado en solitario al omnipotente y a todo su poder. Al capo di tutti i capi. Al mayor de los enanos. Al diminuto presidente Del Pito (reptil humanoide, tenebroso regidor y rey: minúsculo y vitalicio presidente de mi bienamada República de Miranda). A todo eso y a las impredecibles consecuencias de todo eso le estaba plantando cara mi gemelo no biológico cuando sonaron en el restaurante Forza Garibaldi los tres disparos que él ya no pudo oír. Solamente diré que son (que eran) una misma cara la suya y la mía. Una misma hasta que la suya quedó muy untada de salsa. Una misma también cuando esa cara y el cuerpo adyacente se lanzaron a escandalizar a la República entera con revelaciones espectaculares. Documentos secretos, contratos, casetes, videos que demostraban la participación del Pitismo en pleno (Concejales, Representantes, Senadores, Alcaldes, Gobernadores, Ministros, Embajadores y Vicepresidente) en la configuración y financiación de los temibles Escuadrones de la Muerte de extrema derecha: ejércitos privados encargados de cuidar y expandir las tierras de narcotraficantes y políticos.

En el momento del atentado Akira llevaba varias semanas demostrando cómo desde el primer mandato de Del Pito, y desde antes también, los principales miembros de su partido habían estado asociados con los principales narcotraficantes titulares y con sus testaferros y con sus Escuadrones de la Muerte también. Demostrado estaba quedando que los miembros más prominentes del partido del presidente Del Pito habían dedicado sus demasiados años en el gobierno a llevar democráticamente la muerte y la desolación a todos y a cada uno de los rincones de la intrincada geografía nacional. Cada revelación de Akira era más espectacular que la anterior y cada semana se acercaba más al cuerpo bendito del supremo líder. Mientras mi humanidad en lágrimas intentaba calmarse tendida sobre mullido cubrelecho de terciopelo rojo, mientras aceptaba que a ojos de multitudes imaginarias yo no era más que un deforme reflejo del inmenso Pedro Akira (mientras me limpiaba los mocos), acepté el mejor de mis temores: supe que lo único que podría garantizar mi permanencia en el complejo mundo de la materia era la supervivencia, contra todo pronóstico, del candidato presidencial independiente Pedro Akira, abaleado hacía pocas horas.

Me limpié la nariz con una esquina del cubrelecho. Miré la primorosa disposición de estrellas artificiales en el cielorraso. Temblando rogué a los dioses principales para que el gran Pedro Akira se salvara. No escuché respuesta alguna.

*

Sin previo aviso papá dejó de ser el Cristo de la Piedad de Miguel Ángel. Apareció frente a mi cama, enmarcado por el vano de la puerta, con las manos temblorosas puestas en los costados de sus calzoncillos, mirándome muy serio. Supe que sabía exactamente lo que pasaba por mi cabeza. Soltó sin preludios lo que tenía que decirme: *Si creías que Pedro Akira iba a*

vivir eternamente para que así tú pudieras justificar toda tu vagabundería, estabas muy equivocado, José Cantoná. Sin esperar mi respuesta y sin fijarse en mis ojos hinchados por el llanto, remató con *No se ha muerto, no. No te pongas a chillar todavía. No se ha muerto pero nadie sobrevive a tres tiros en la cabeza, así es que vete preparando para ser alguien en la vida. Y vístete, porque en esta casa no hay pan.* Estuve a punto de replicarle que ya era alguien en la vida, yo. Que siempre lo había sido. Un ser complejo. Brillante por dentro y por fuera. Robusto pero sutil, uno que siempre había sabido hacia dónde ir.

Quise también decirle (procurando no mirar sus costillas para no correr el riesgo de ahogarme en mis propias carcajadas) que mi existencia y la de ese tipo idéntico a mí no tenían ninguna conexión. Que no sabía de qué me hablaba. Y que no tenía ningún sentido salir a comprar pan a las ocho y media de la noche. Pero decidí no decirle nada. Dejarlo que se arrastrara por el corredor de vuelta a su cama, en donde podría dedicarse de nuevo a ser una blanca escultura y nada más. Me senté, henchido de amor propio. Me puse los pantalones sin calzoncillos. Fui al baño, me eché agua en la cabeza. Vi mi cara lavada en el espejo. La misma de Pedro Akira pero sin el fuego de sus ojos, sin su furia triunfadora. Decidí cerrarlos. Los ojos. Los míos. Dentro de mi cabeza vi nubes negras recorriendo un cielo también negro, a gran velocidad. Premoniciones moviéndose dentro de premoniciones como animales dentro de animales. Abrí los ojos y la realidad seguía ahí.

*

¿Serían realmente canelones? ¿Espaguetis? ¿Fetucini? ¿Tagliatelle? ¿Una lasaña mixta de carne y pollo con salsa napolitana y abundante queso de ricota? ¿Y qué tal si en un arranque de originalidad Akira había preferido para su última cena una milanesa o una pizza individual o un pescado a la napolitana?